



EN EL AÑO SACERDOTAL

¡Qué alta estima!

A medio camino en el Año Sacerdotal convocado por Benedicto XVI (de junio de 2009 a junio de 2010), recordamos a Francisco Sánchez Abellán.

Ildelfonso Asenjo Quintana

En la carta dirigida a los sacerdotes al comienzo de este año sacerdotal, el Papa expresaba que debiera «contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo». Luego, con corazón agradecido, recuerda a tantos sacerdotes que a lo largo de los siglos se consagraron en cuerpo y alma al servicio de los fieles. Me llama la atención que, entre tantos, recuerde a uno de modo especial: aquel con «el que comencé mi ministerio como joven sacerdote. Fue para mí un ejemplo de entrega sin reservas a su ministerio sacerdotal».

Yo también, en el marco de este año sacerdotal, quiero hablar de otro sacerdote, de Paco Sánchez Abellán*, con quien tuve la suerte de iniciar mi sacerdocio compartiendo una experiencia inolvidable en Roma. Él ya tenía mucho camino andado y, por la experiencia compartida, ha sido un estímulo constante para vivir en Dios y desde Dios mi propio sacerdocio.

El Santo Padre habla de la grandeza del sacerdocio. Y lo hace, como es lógico, citando al Cura de Ars. Decía este santo: «¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece. Pronuncia dos palabras y nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia (...) Si desapareciese el sacramento del orden, no tendríamos al Señor

(...) Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor (...) ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta (...) Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote y adorarán a las bestias».

A los 150 años de la muerte del Cura de Ars, he encontrado un escrito de Paco Sánchez en el que canta la grandeza del sacerdocio al reconocer en él el mayor don que Dios puede conceder: «Somos muy grandes, como el amor y la misericordia de Dios para el hombre. Nos ha dado poderes divinos, hacemos milagros como Él: la Eucaristía, el perdón de los pecados... ¡Qué alta estima debemos tener de Él-sacerdote en nosotros-sacerdotes! ¡Sólo el sacerdote ofrece al mundo el Cuerpo y la Sangre de Cristo! ¡Nadie perdona los pecados sino el sacerdote! Esta desconcertante realidad hacía que San Francisco de Asís no quisiera oír hablar mal de los sacerdotes por muchos y grandes que fueran sus pecados, porque son –decía él– “mis señores, los únicos que perdonan mis pecados y me dan el Cuerpo y la Sangre de mi Señor”.

»Cuando actuamos *in persona Christi* nadie hay más grande ni en el cielo ni en la tierra, porque Él se identifica con mi yo sacerdotal, y el Padre y el Espíritu Santo están extasiados ante tan admirable

intercambio de amor-confianza-misericordia: El hombre (sacerdote) hecho Dios en Cristo (Dios) hecho hombre. Y los ángeles desde el cielo aplauden y repiten agradecidos: ¡Gracias, gracias, gracias... sacerdotes, por la valentía y la humildad de aceptar hacer de Cristo en la tierra para ofrecer la víctima pascual por vuestras debilidades y las del pueblo!

»Si el mundo no nos entiende ni valora, no caigamos en la trampa de depreciarnos también nosotros. Nos contemplan con infinito agradecimiento el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, María, la Iglesia y la humanidad de todos los tiempos que, aunque no lo sepa, nos necesita. También la creación entera nos "está agradecida" por convertir



Francisco Sánchez Abellán en sus últimos años. En la otra página, en su juventud, predicando en misa y con los jóvenes de la parroquia de Aljucer (Murcia) en los años 70.

sus elementos (el pan y el vino) en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Necesitamos recordarnos estas realidades divinas para remontar el vuelo en tantos momentos de soledad, desánimo eclesial, sacerdotal, existencial. Cada persona tiene sus tentaciones. Yo pienso que la peor tentación y caída del sacerdote es "devaluarse" ante la desproporción de la misión encomendada por Dios, no a los ángeles, sino a él, un pecador más. ¡No pidamos explicaciones al Cielo! ¡La respuesta quedará siempre en el misterio del amor misericordioso! ¡Señor, yo creo, pero aumenta mi fe! ¡Que yo crea y espere en ti como Tú crees y esperas en mí! ¡Sé de Quién me he fiado!».

Una de las facetas de la personalidad de Francisco Sánchez Abellán que mejor han conocido nuestros lectores ha sido su sensibilidad por el arte. Desde el año 2002 hemos publicado periódicamente su rúbrica «Saber mirar», con la cual quiso ofrecer claves de lectura a la hora de contemplar las obras de arte. Publicamos aquí un nuevo comentario aún inédito.

"Visión alegórica de Joaquín y Ana". Anónimo granadino. Primera mitad del siglo XVIII. Óleo sobre lienzo, 140 x 90 cm.

Obra popularmente llamada *Escena de los tallos*, aunque es más correcto denominarla *Visión alegórica de Joaquín y Ana*, pues así fue conocida en el renacimiento y en el barroco como especial interpretación de la Inmaculada Concepción. Esta obra, junto a otras como *El árbol de Jesé* y *El abrazo ante la Puerta Dorada*, ilustraron el especial privilegio de María en su Inmaculada Concepción. Se trata en este caso de una representación poco conocida dado el carácter complejo y escueto de la escena.

En la *Escena de los tallos* hay elementos fijos, invariables. Los padres de la Virgen aparecen de rodillas y distantes, en actitud teatral y poco expresiva. De sus corazones brotan ramas flexibles que se unen, y de ellas nace una azucena que enaltece y sirve de pedestal a la Inmaculada, enmarcada en una mandorla dorada por ser la "Llenadegracia", un milagro del paraíso. Los tres emergen del fondo tenebroso que potencia los colores de Ana y Joaquín: verde oliva, rojo pardo con el blanco de la toca de Ana, y tonos pardos y amarillos tornasolados en Joaquín.

Las cabezas de María, Ana y Joaquín forman un triángulo que alude, en mi opinión, al misterio de la Trinidad. Los tres pétalos de la azucena reiteran la idea trinitaria.

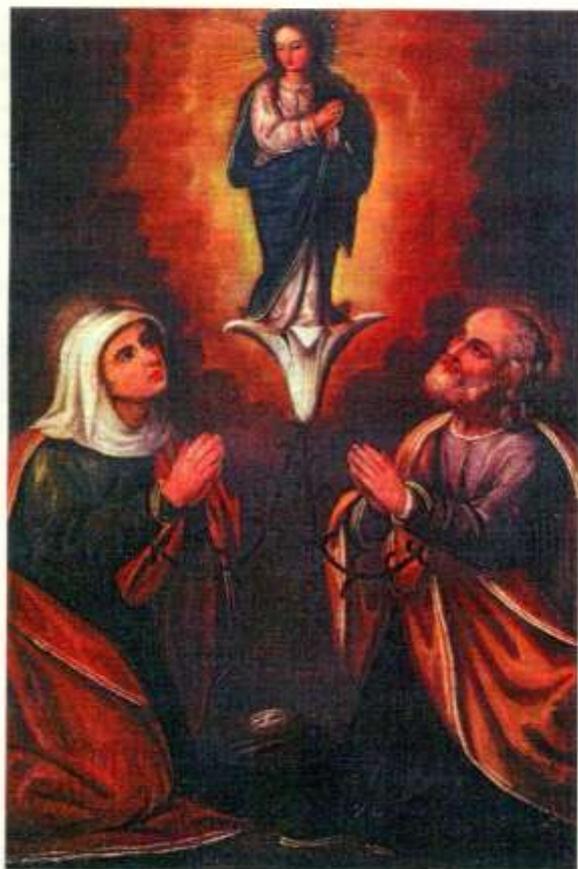
La cabeza de Ana, la de Joaquín y la azucena componen una isocéfala, es decir, una línea recta horizontal que marca la separación entre la Virgen y sus padres, porque aunque es su hija, ella los supera por la gracia de ser concebida sin pecado original.

En los colores encontramos el blanco de la azucena, símbolo de la pureza, que a su vez se apoya en la blanca toca de Ana. Blanco-violáceo es la túnica de la Virgen. La iconografía corresponde a la convenida por los artistas al representar este misterio.

En el diseño se alude a las composiciones sobre la Inmaculada fijadas por Alonso Cano en versión pictórica y escultórica. La Virgen asoma de perfil en forma de huso, tocada de gracia adolescente. Gira la cabeza hacia la izquierda; así lo hará su hijo cuando esté en la cruz y la mire como desolada y corredentora. En ese sentido, esta escena es un milagro anticipado de la gracia redentora del hijo. Las manos, en triángulo y en dirección opuesta a la cabeza, sugieren sensación de movimiento; y por influjo de la hija se resuelven también en triángulos las manos de sus padres.

Las tres figuras emergen de las tinieblas y, dado el tema inmaculata, podrían aludir a las sombras del pecado que invaden y atenazan la humanidad todavía irredenta. María es la excepción anticipada.

Francisco Sánchez Abellán





También Paco Sánchez nos habla de la pequeñez del sacerdote y, lo que más me gusta, de los medios a nuestro alcance para mantenernos siempre en pie y apartarnos del mal. Sus palabras no tienen desperdicio: «No necesitamos muchos argumentos para demostrar que somos pequeños, pecadores. Nuestra carne y nuestro espíritu lo gritan, lo denuncian. Y para que todo esté completo, algunos feligreses nos lo recuerdan y de

Pero esta grandeza, Dios la deposita en vasijas de barro. Y por eso no es de extrañar que nuestros ojos contemplan, de vez en cuando, situaciones, nunca bastante deploradas, en las que la Iglesia misma sufre por la infidelidad de algunos de sus ministros.

El Cura de Ars, consciente de la debilidad humana, dirá a los sacerdotes: «No es el pecador el que vuelve a Dios para pedirle perdón, sino Dios mismo quien va tras el pecador y lo hace volver a Él (...) El buen Dios lo sabe todo. Antes incluso de que se lo confeséis, sabe ya que pecaréis nuevamente y, sin embargo, os perdona. ¡Qué grande es el amor de nuestro Dios que le lleva incluso a olvidar voluntariamente el futuro con tal de perdonarnos!».



malos modos nos lo echan en cara. ¡Qué soledad...! ¡Busqué consoladores y no los encontré! ¡Mi amigo del que yo me fiaba puso trampas a mis pies, me traicionó!

»Es una lucha continua por poner la santidad a la altura de la misión, y si a esto añadimos la batalla que el demonio tiene emprendida contra nosotros, nuestra vida puede convertirse en una bomba de relojería al acecho de horas bajas para explotar».

Y qué acertado estaba cuando, a renglón seguido, añade: «Pero hay un remedio eficaz, y es hablar, comunicar todo con el amigo del alma. ¡Si no lo tienes, búscalo! En la vida espiritual no hay peor enemigo que el demonio mudo: ¡Tú calla, no consultes, puedes resolverte solo (...), de todos modos ese sacerdote -susurra el maligno- está igual que tú...!»

»Es la fragilidad enfrentada con nuestro orgullo, con la imagen que tenemos de nosotros mismos. Podemos sentir tal desproporción entre la misión encomendada y nuestra vida que nos peleemos con nuestra sombra. Entramos en combate con Dios como Jacob con el Ángel. ¿Por qué a mí ahora esta persecución, fracaso, soledad, olvido, marginación de parte de...?, ¿por qué?, podemos preguntar (...), pero sigamos sembrando como el labriego, sabiendo que la semilla nacerá y dará fruto. También a él le cuesta fatigas y sudores el cultivo de la tierra».

Año sacerdotal, Santo Cura de Ars, tantos sacerdotes que nos han precedido... También Paco Sánchez Abellán puede iluminar nuestra vida con estas reflexiones, y otras muchas, que él nos dejó y que tanto bien pueden hacer a todos, especialmente a los que como él compartimos el mismo sacerdocio de Cristo.

*) Francisco Sánchez Abellán, sacerdote diocesano de Murcia, nació en El Raal el 24 de septiembre de 1936. Fue ordenado sacerdote el 13 de junio de 1964; se doctoró en lenguas clásicas por la Pontificia de Salamanca y conoció y vivió hasta las últimas consecuencias la espiritualidad de la unidad del Movimiento de los Focolares. Murió en el Señor el 8 de enero de 2009.

